

Gratuidad que fluye

Algunas consideraciones sobre el agua en el Nuevo Testamento

DANIEL CHIQUETE*

Es sorprendente la cantidad de referencias al agua que se encuentran en el Nuevo Testamento (alrededor de 430). El agua, elemento indispensable para la vida, es percibida y expresada por los autores de los textos sagrados en diversas dimensiones y circunstancias, desde la simple mención de un vaso de agua fresca que se comparte, hasta la descripción de tormentas furiosas e imágenes de mares y ríos convertidos en sangre. Estas alusiones contienen mucho de esa significación compleja del agua, elemento vital pero que puede convertirse en mortal. El agua es en contextos del Nuevo Testamento profundamente valorada al mismo tiempo que temida.

* Daniel Chiquete es vicerrector y profesor de la Escuela de Ciencias Teológicas en la UBL.

*...el agua aparece
con frecuencia
en contextos de
encuentro,
donación u
ofrecimiento.*

Esta experiencia paradigmática de muchas personas y pueblos encuentra su correspondencia en las religiones, donde el agua ha llegado a adquirir dimensiones espirituales, míticas, sagradas, ponderándose tanto sus virtudes de vida como su poder destructor. Esa cualidad polivalente y paradójica ha quedado expresada en las mitologías, liturgias, simbologías y demás recursos de expresión del lenguaje religioso. El Nuevo Testamento hace eco de esta concepción del agua, aunque con acentos y valores propios.

La lectura de los textos neotestamentarios que aluden directamente a ella pueden llevar a descubrir una dimensión casi siempre presente: el agua aparece con frecuencia en contextos de encuentro, donación u ofrecimiento. El agua puede ser entendida en muchos pasajes bíblicos como símbolo de gratuidad, como don del Dios que ama y protege la vida. Se multiplican las imágenes que comunican la irrestricta gratuidad del don de la vida, simbolizado en el agua, que Dios ofrece a las personas. Esta dimensión de gratuidad es la que pretendo explorar, una donación del amor de Dios expresada en imágenes relativas al agua, una teología de la gracia de Dios, que es “torrencial” y de la cual solamente puedo ofrecer en estas páginas algunas reflexiones.

1. TRADICIÓN SINÓPTICA: SEDIENTOS PREDICADORES ITINERANTES

Los estudios sobre el Jesús histórico han llevado a análisis exhaustivos de algunas de las fuentes evangélicas escritas más antiguas como la fuente Q y el evangelio de Tomás. Se ganó certeza de que no es posible entender la vida y mensaje de Jesús, y por tanto

de los evangelios, al margen de su contexto general. La exégesis y la teología neotestamentarias ganaron mucho en profundidad y concreción. El mundo palestino, y especialmente la región de Galilea, fueron y son estudiados con acuciosidad.¹ Ahora está más presente en la reflexión teológica la presencia de factores como el contraste entre la abundancia de vida en el lago de agua dulce de Genesaret (o Mar de Galilea), central en las narraciones evangélicas y en la vida de Jesús, y el Mar Muerto, de gran concentración salina, donde no es posible la vida; o de la frondosidad del valle de Yizreel, donde probablemente creció Jesús, y el áspero desierto de Judá, “uno de los pasajes más inhóspitos del mundo”², así como la importancia múltiple del río Jordán, entre otros factores más.

Si el movimiento de Jesús fue uno de predicadores itinerantes, como es el consenso de la investigación neotestamentaria, seguramente el calor y la sed eran realidades muy conocidas por estos profetas y taumaturgos. Y como su actividad se dio principalmente en las regiones occidental y sur del lago de Genesaret, es natural que este lago, lo mismo que el río Jordán, los pequeños afluentes que lo nutren, los caminos polvorientos de la baja Galilea y la intensa irradiación solar, entre otros factores, fueran existencialmente importantes en su experiencia de fe y seguimiento. Esta experiencia también quedará reflejada en los símbolos, imágenes, metáforas y demás expresiones plasmadas en las perícopas que producirán, preservarán y reproducirán estos predicadores y sus comunidades, antes de que se convirtieran en lo que hoy conocemos como evangelios sinópticos (Mc, Mt y Lc). Desde esta perspectiva, es

¹ Algunos especialmente ricos en información: J. González Echegaray, *Jesús en Galilea. Aproximación desde la arqueología*. Estella: Verbo Divino, 2000; J. Habbe, *Palestina zur Zeit Jesu. Die Landwirtschaft in Galiläa als Hintergrund der synoptischen Evangelien*. Neukirchen-Vluyn: Neukirchener, 1996.

² J. González Echegaray, *Jesús en Galilea*, 22.

comprensible que ellos y ellas percibieran el agua en su invaluable dimensión vital, para de ahí llegar a convertirse en metáfora y símbolo de experiencias religiosas profundas.³

El evangelio de Mateo, por ejemplo, contiene varias imágenes de la gratuidad de Dios expresadas en relación con el agua. Una de las más sencillas e impactantes está registrada en la siguiente afirmación de Jesús a sus discípulos:

El que a vosotros recibe, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. El que recibe a un profeta por cuanto es profeta, recompensa de profeta recibirá; y el que recibe a un justo por cuanto es justo, recompensa de justo recibirá. Y cualquiera que dé a uno de estos pequeños un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa (Mt 10,40-42).

El texto menciona tres categorías de creyentes: profetas, justos y discípulos. Además equipara a los discípulos con los “pequeños”, expresión que contrasta con “profetas” y “justos”, figuras insignes de la piedad veterotestamentaria. Los “pequeños” son los itinerantes anónimos que van por los caminos de Galilea compartiendo el mensaje de Jesús⁴, para quienes un “vaso de agua fría” es un bien

*...es comprensible
que ellos y ellas
percibieran el agua
en su invaluable
dimensión vital,
para de ahí llegar a
convertirse en
metáfora y símbolo
de experiencias
religiosas profundas.*

³ Cf. F. Kürschner-Pelkmann. “Wasser – Gottes Gabe, keine Ware”, en: *EMW. Weltmission heute* Nr. 47 (2002) 133: “Una y otra vez encontramos en el Nuevo Testamento la ligazón entre el agua real y el agua de la vida y la salvación.” [Original: “Immer wieder finden wir im Neuen Testament die Verbindung von ganz realem Wasser und dem Wasser des Lebens und Heils.“]

⁴ Para W. Carter. *Matthew and the margins. A socio-political and religious reading*. Maryknoll: Orbis Books, 2000, 243: “The context, parallel construction, and similar language ... indicate that the terms *prophet*, *righteous/just person*, and *little ones*, refer not to the long and honourable traditions of Hebrew Bible figures, but to missioning disciples.”

altamente estimado, lo mismo que lo es para Jesús, el profeta caminante. Además, el texto es una invitación a la hospitalidad, valor central del mensaje del Reino de Dios predicado por Jesús.⁵ Acoger a uno de los itinerantes (“pequeños”) es acoger al mismo Jesús y por medio de él al Padre, como afirma el texto. Así, el acto de compartir “un vaso de agua fría” se convierte en un gesto de vida de una dimensión superior, similar a la recepción del Padre.⁶ Dios es identificado con los sedientos caminantes y así se da concreción al misterio de la encarnación. El Reino de Dios es vida, como también lo es el agua que se comparte. Compartir el agua es aceptar el Reino y ayudar a su propagación.⁷ Entonces, entre anunciantes y receptores se establecen relaciones de intercambio y donación: el mensaje de vida es retribuido con un elemento de vida.⁸ El evangelio gratuitamente entregado es respondido con la buena oferta del agua fresca compartida. La gratuidad determina la lógica de las relaciones del Reino, así como la gratuidad es la principal característica del amor de Dios por los

El Reino de Dios es vida, como también lo es el agua que se comparte. Compartir el agua es aceptar el Reino y ayudar a su propagación.

⁵ Cf. H. Moxnes. *Poner a Jesús en su lugar. Una visión radical del grupo familiar y el Reino de Dios*. Estella: Verbo Divino, 2005, especialmente 261-286.

⁶ Carter, *Matthew and the margins*, 243: “To receive/welcome involves not only believing the message but sharing hospitality (10:11-14), symbolized by giving even a cup of cold water to one of these little ones.” Según U. Luz. *El evangelio según San Mateo. Mt 8-17 (Vol. II)*. Salamanca: Sígueme, 2001, 211: “Los que se sienten interpelados por estos versículos son unos cristianos que viven en sus casas, animados a practicar la hospitalidad y solidaridad con los itinerantes.”

⁷ Como afirma U. Luz, *El evangelio según San Mateo*, 211: “Los sedentarios saben ya la bendición que son para ellos los hermanos itinerantes: la solidaridad es promesa de encuentro con Cristo, con Dios mismo, y la recompensa en el cielo.”

⁸ Cf. G. Theissen. *Die Jesusbewegung. Sozialgeschichte einer Revolution der Werte*. Gütersloh: Gütersloher Verlagshaus, 2004, especialmente 80-90.

*El evangelio
gratuitamente
entregado es
respondido con
la buena oferta
del agua fresca
compartida.*

“pequeños” y las “pequeñas” del Reino. Por ello se cierra el episodio con una promesa, la “recompensa” escatológica que Dios asegura dará a los justos, es decir, los que aceptan y viven la lógica de la gratuidad. ¡Un vaso de agua fresca vale la recompensa escatológica!

Pasajes como éste ejemplifican la esencia del gran mandamiento cristiano: amar, incluyendo a los enemigos. Esta dimensión de la teología mateana también aparece en Mt 25,35-40, donde Jesús afirma: “Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí”, y concluye afirmando, ante la pregunta extrañada de sus oyentes sobre el cuándo de las circunstancias descritas: “De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis” (v. 40). Aquí el dar agua al sediento es uno de los criterios básicos de acceso al Reino, es puerta de salvación.⁹

2. TRADICIÓN JUÁNICA: AGUAS DE SALVACIÓN BROTANDO ETERNAMENTE

También en las tradiciones recogidas en el evangelio de Juan el agua está muy presente y, así como en los sinópticos, su presencia está determinada por la experiencia que sus portadores tuvieron con el preciado líquido. Este evangelio rebosa con el mensaje del amor

⁹ Para J. C. García Domene. “Jesús y el agua: mucho más que un recurso básico” en *Reseña Bíblica* 43 (2004), 62-66: “El agua es medida ética y camino de fraternal encuentro” (65).

gratuito de Dios por la humanidad, categóricamente expresado en el llamado “evangelio del Evangelio”: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que él cree no se pierda, sino tenga vida eterna” (Jn 3,16). Una de las características más llamativas de este evangelio es su complejidad simbólica, donde específicamente se denominan como “signos” o “señales” algunos eventos que ilustran la gratuidad de Dios, que también son invitaciones a la fe en Cristo. Estas señales o signos con frecuencia están en relación con el agua. Uno de los pasajes más bellos y de contenido teológico más denso del evangelio de Juan es el que narra el encuentro de Jesús con una mujer de Samaria:

Cuando, pues, el Señor supo que los fariseos habían oído decir: «Jesús hace y bautiza más discípulos que Juan» (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), salió de Judea y se fue otra vez para Galilea. Y le era necesario pasar por Samaria. Fue, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la beredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del viaje, se sentó junto al pozo. Era como la hora sexta. Llegó una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dijo: «Dame de beber.» Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. La mujer samaritana le dijo: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana?» (Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí). Respondió Jesús y le dijo: «Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías, y él te daría agua viva. «La mujer le dijo: «Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?» Jesús le contestó: «Cualquiera que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.» La mujer le dijo: «Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed ni venga aquí a sacarla» (Jn 4,1-15).

El encuentro está marcado por signos de comunicación y aceptación, fundamentos de la solidaridad. La mediación es la sed de ambos y el agua que requieren para saciarla. “Sed” y “agua” son elementos que en varias tradiciones bíblicas se hallan vinculados,

como aquí, a promesas mesiánicas. La tradición del “pozo”¹⁰ como expresión simbólica de la Ley era conocida en el mundo de Jesús.¹¹ Varios autores creen encontrar en la narración de este episodio señales de tinte amoroso, especialmente motivos tomados de escenas veterotestamentarias como las de los encuentros en pozos de Isaac y Rebeca, Jacob y Raquel, Moisés y Séfora.¹² Esta apreciación se refuerza si consideramos que la escena se desarrolla junto al “pozo de Jacob”.

En realidad es la mujer la que posibilita el encuentro ya que acude al pozo, a pesar de que Jesús, un hombre extraño, está sentado “sobre” él (v. 6).¹³ Jesús, el predicador itinerante, está cansado del camino y sediento, especialmente porque es mediodía, la hora más calurosa. El diálogo empieza con una petición suya: “Dame de beber” (v. 10).

¹⁰ Para “el misterio de los pozos” y “los pozos y las mujeres”, cf. M. Barros. *O Espírito vem pelas águas (Bíblia, espiritualidade ecumênica e a questão da água)*. São Leopoldo: Rede, 2002, 125-129; también H. Jiménez. “El agua en la Biblia” en: <http://serviciosdiaconia.org/relat/190.htm>, 8-11.

¹¹ Según J. Mateos y J. Barreto. *El evangelio de Juan. Análisis lingüístico y comentario exegetico*. Madrid: Cristiandad, 1992, 2ª. ed., 229: “Del pozo de la Ley brota el agua viva de la sabiduría. El pozo de Jacob en Harán se identifica por una parte con el de Moisés en el desierto y, por otra, con Sión, el centro del culto judío. De ahí la mención en los profetas del agua viva que había de salir de Jerusalén (Zac 14,8) y del templo (Ez 47). El Pozo llega a significar prácticamente todas las instituciones judías, la Ley, el templo, la sinagoga y su centro, Jerusalén.”

¹² Cf. S. Castro Sánchez. *Evangelio de Juan. Comprensión exegetico-existencial*. Madrid: Comillas, 2001, 111.

¹³ Apuntan J. Mateos y J. Barreto, *El evangelio de Juan*, 225, que la preposición ἐπί + el dativo τῆς πηγῆς puede traducirse “sobre” o “encima de”. Estos autores consideran que Juan juega con la ambigüedad de la expresión para indicar que Jesús será el nuevo manantial que sustituya al de Jacob (4,14; 7,38). Así también S. Castro Sánchez, *Evangelio de Juan*, 116: “Jesús ha suplantado a Jacob: él mismo será el pozo; quien beba se convertirá él también en fuente de agua viva.”

Es una solicitud asombrosa, como queda plasmada en la reacción de la mujer y en la nota del evangelista: “(Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí)” (v. 9). Al expresar esta petición, Jesús elimina sus prerrogativas como hombre y como judío respecto a la mujer samaritana. Es, simplemente, un hombre sediento que espera ser auxiliado en su necesidad por esta mujer.¹⁴ Por ello concuerdo con J. Mateos y J. Barreto cuando apuntan: “Al colocarse en el nivel de la necesidad corporal [Jesús] afirma la igualdad (...), suprime la discriminación y dignifica a la mujer.”¹⁵

“Sed” y “agua” son elementos que en varias tradiciones bíblicas se ballan vinculados, como aquí, a promesas mesiánicas.

Probablemente Juan está haciendo una interpolación de planos de sentido, como con frecuencia ocurre en su narrativa. Jesús pide agua porque está sediento, pero pronto se convertirá en quien ofrece el agua. La mujer viene en busca del agua del pozo de Jacob y terminará encontrando el “agua viva” (v. 10). En el fondo, se trata de un encuentro de dos necesidades que son saciadas como resultado del encuentro.¹⁶

¹⁴ Apunta J. C. García Domene, “Jesús y el agua”, 66: “Una vez llega la mujer, Jesús – como más tarde en la cruz– pide que le den de beber y se hace solidario de todo el que necesita agua.”

¹⁵ Mateos y Barreto, *El evangelio de Juan*, 231. Como también observan B. Malina and R. Rohrbauch. *Social-science commentary of the Gospel of John*. Minneapolis: Fortress Press, 1998, 98: “Jesus is willing to share a drinking vessel with the woman, a seriously polluting act by Pharisee standards, given the fact that he is a stranger sharing a utensil with a Samaritan woman. Yet she is willing to share with him.”

¹⁶ Me parecen pertinentes aquí las reflexiones de J. M. Mardones. *La vida del símbolo. La dimensión simbólica de la religión*. Santander: Sal Terrae, 2003, 114: “El encuentro nos constituye como personas. (...) No encontrarse con el otro equivale a no ser”; y “El encuentro nos conduce a la sala del acogimiento: el descubrimiento del valer del otro, la permanente incumbencia, la incondicionalidad para mí, el emplazamiento de su miseria que me impulsa al servicio” (115).

El v. 10 está semánticamente cargado por expresiones alusivas a la acción de compartir: el “don de Dios”, “dame”, “le habrías pedido”, “te hubiera dado”. Es el versículo que marca también la interpolación de planos, ya que es Jesús quien hace la primera referencia al “agua viva”. Pero esta agua no viene a devaluar la del pozo, sino a llevarla a su plenitud. Si Jesús no apreciara el agua del pozo, no la habría pedido. Y en la técnica narrativa que caracteriza al evangelista, donde una incomprensión da pie a Jesús para dar una respuesta más profunda, la pregunta de la Samaritana (“¿De dónde, pues, tienes el agua viva?”, v. 11) sirve a Jesús para hablarle de una donación mayor, la del “agua que salta para vida eterna”, gracias a la cual “no se tendrá sed jamás” (v. 14).

Tomando en cuenta el contexto y el vocabulario de este evangelio, considero acertada la interpretación más frecuente que ve en el “agua viva” una referencia al Espíritu, que en Juan, lo mismo que en Pablo y Lucas, es una donación de Dios que capacita para vivir una dimensión más profunda de la fe y la experiencia cristianas. Así, el Espíritu también es signo de la gratuidad salvífica de Dios, la que Jesús ofrece a esta mujer abierta a una relación de aceptación y gratuidad, que ha iniciado con la intención de compartir el agua del pozo de Jacob y se abre a recibir las aguas torrenciales del Espíritu. Cristo mismo es el dador del agua viva, así como es el dador del Espíritu: dones de gracia y salvación.¹⁷

Todo el proceso fue iniciado en el encuentro de un hombre y una mujer que comparten su necesidad de agua y están dispuestos a

¹⁷ Comenta F. Kürschner-Pelkmann, “Wasser – Gottes Gabe”, 133: “El agua es sagrada, el agua en la tierra es precisamente un signo del agua de la salvación que viene de Dios.” [Original: „Wasser ist heilig, das Wasser auf der Erde ist bereits ein Zeichen des Wassers des Heils, das von Gott kommt.“]. Cf. A. Ferro Medina. *El agua, fuente bendita de vida. Aproximaciones a una teología, espiritualidad y pastoral del agua*. Santiago de Cali: Instituto Mayor Campesino, 2005, 78.

donársela mutuamente, que están dispuestos a la experiencia de la gratuidad. Cuando todo parecía que se trataba solamente de beber un poco de agua, la apertura a la gratuidad desembocó en la donación de un agua torrencial que apaga toda forma de sed del ser humano. Así, considero que la imagen juánica del Espíritu como torrente de agua viva, debe llevarnos a redescubrir la sacralidad del agua de todos los pozos y todas las fuentes del mundo.

...la imagen juánica del Espíritu como torrente de agua viva, debe llevarnos a redescubrir la sacralidad del agua de todos los pozos y todas las fuentes del mundo.

Siguiendo en el evangelio de Juan, es oportuno señalar otro texto que expresa un mensaje teológico muy cercano al anterior:

En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: «Si alguien tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva.» Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él, pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado (Jn 7,37-39).

Este pasaje también anuncia la gratuidad absoluta de Dios y, nuevamente, el símbolo para expresarla es el agua que calma la sed. Es un agua que no cuesta nada y la única condición para obtenerla es tener sed y acudir al Señor. La persona sedienta no sólo podrá calmar su sed, sino que será transformada en manantial, en origen de ríos de agua viva. Y, como con frecuencia hace Juan, con una nota establece su propia interpretación de las palabras de Jesús: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él”. Es el Espíritu quien vive en la metáfora del agua, ya que para Juan ambos causan el mismo efecto: refrescan, renuevan, calman la sed, dan vida. Y ambos son dones gratuitos de Dios, ambos son poderosos símbolos de la gratuidad del Dios de la vida.

El evangelista precisa que “aún no había venido el Espíritu Santo” ya que en su concepción teológica éste viene en plenitud sólo después de la resurrección de Jesús, su “glorificación” en el lenguaje del cuarto evangelio. Porque Juan no contempla la muerte de Jesús como una pérdida, sino como una victoria, incluyendo la donación del Espíritu.¹⁸ Por ello en la escena final de la cruz registra la muerte de Jesús con un significativo “entregó el Espíritu”, cerrando su vida terrenal con un gesto supremo de gratuidad, así como la había iniciado con la encarnación, la mayor de las donaciones.

3. APOCALIPSIS: IMAGINANDO ESPACIOS DE GRATUIDAD

El libro del Apocalipsis, contrario a lo que se cree en ciertos ambientes eclesiales, es un testimonio definitivo de la gratuidad de Dios. Parece paradójico que un libro que registra tanta destrucción y maldad contenga un mensaje de esperanza y donación tan impresionante. Y no es una esperanza escapista o enajenante, sino una que surge de la constatación de la presencia y gratuidad de Dios bajo las circunstancias más adversas, como las de persecución y muerte. Los signos y símbolos de gratuidad están especialmente concentrados en los capítulos finales (21 y 22), aunque éstos no están al margen del drama previamente narrado en el libro.

El título de este apartado corresponde a mi comprensión del material narrativo de estos textos, los que considero como espacios

¹⁸ Señala S. Castro Sánchez, *Evangelio de Juan*, 180: “El verbo entregar reviste en el Nuevo Testamento una particular significación, sobre todo cuando expresa la donación del Padre al Hijo para salvar al mundo; ahora es el Hijo quien entrega el Espíritu para vivificar a la humanidad.”

imaginados por la certeza que provoca la fe. Son más que espacios utópicos, ya que a pesar de que aún no están, ya existen en la visión de Dios y en la convicción que él genera en los y las creyentes. Porque los espacios antes de “estar”, ellos “existen” en la imaginación, en el deseo y la inteligencia. La Nueva Jerusalén es en el Apocalipsis ese gran espacio imaginado de Dios, donde “ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento, ni dolor” (21,4). Dentro de la larga descripción de esta ciudad, me parecen especialmente importantes los siguientes versículos:

Y oí una gran voz del cielo, que decía: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron.» El que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas.» Me dijo: «Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas.» Y me dijo: «Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tiene sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de vida» (21,3-6).

Después me mostró un río limpio, de agua de vida, resplandeciente como cristal, que fluía del trono de Dios y del Cordero. En medio de la calle de la ciudad y a uno y otro lado del río estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto; y las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones. Y ya no habrá más maldición. El trono de Dios y del Cordero estará en ella, sus siervos lo servirán (22,1-3).

Yo, Jesús, he enviado mi ángel para daros testimonio de estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella resplandeciente de la mañana. El Espíritu y la Esposa dicen: «¡Ven!». El que oye, diga: «¡Ven!». Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida (22,16-17).

Las imágenes y símbolos de la gratuidad con los que cierra el vidente Juan su narración son realmente impresionantes. Los elementos naturales adquieren connotaciones teológicas que son expresadas con gran fuerza poética y que, en conjunto, plasman una

*Es desde ese trono
donde Cristo ofrece una
triple recompensa a los
y las fieles, que consiste
en el don del agua de la
vida, la herencia y la
filiación divina.*

visión extraordinaria. Predominan absolutamente símbolos de vida, entre otros la “fuente del agua de la vida”, “un río de agua de vida”¹⁹, “el árbol de la vida”. Estos elementos están ahí como regalos de Dios, y son testimonios claros de su gratuidad, ya que todos los habitantes de la ciudad tienen acceso libre a ellos. También tienen acceso libre a Dios, ya que

en realidad ahora Dios mora en toda la ciudad, que es un espacio imaginado de dimensiones inmensas, donde reina la vida en plenitud y la lógica de la gratuidad.

Por el centro de esa ciudad fluye el “río de la vida”, que irriga al “árbol de la vida”, aunque ambos reciben su fuerza salutífera del trono mismo, asentado en el centro de la ciudad. Es un río de aguas vivas, corrientes, no estancadas o putrefactas, que tiene su origen en el trono, fuente de toda gratuidad, que dona la salvación a las personas y a las naciones.²⁰ Este río ha sido interpretado en clave bautismal y pneumatológica. Debido a la cercanía en este tema con el evangelio de Juan, donde el Espíritu es fuente de vida y también un don

¹⁹ Según O. Böcher. “Agua” en L. Coenen et. al. *Diccionario teológico del Nuevo Testamento. Vol. I*. Salamanca: Sígueme, 1998, 4ª. ed., 67-73: “Las afirmaciones teológicas sobre la fuente o el río se apoyan claramente en el trasfondo veterotestamentario del NT. Dios no sólo ha creado el cielo, la tierra y el mar (Ap 14,7), sino también las fuentes de las aguas. Dios tiene pleno señorío sobre los ríos y los manantiales, de modo que al final de los tiempos podrá retirar total o parcialmente el don divino del agua (Ap 8,10; 16,4) o hacer que se sequen los ríos (Ap 16,12)” (70).

²⁰ Para E. Schüssler Fiorenza. *Apocalipsis. Visión de un mundo justo*. Estella: Verbo Divino, 2003, 158: “El Apocalipsis se imagina la salvación final de Dios como un mundo en el que se hallan integradas naturaleza y cultura. (...) Por el centro de la ciudad fluye el ‘río de la vida’. Las hojas del ‘árbol de la vida’ tienen el poder de sanar a las naciones.”

escatológico, como en el texto anteriormente reflexionado, me inclino también por una interpretación en clave pneumatológica.²¹

El trono no está en la ciudad como símbolo de autoridad, sino como origen de la vida renovada y abundante. Es desde ese trono donde Cristo ofrece una triple recompensa a los y las fieles, que consiste en el don del agua de la vida, la herencia y la filiación divina. Aquí el agua está puesta incluso por sobre la herencia y la filiación, tal vez los dos valores religiosos más preciados en el judaísmo y el cristianismo originario.

También en el Apocalipsis aparece otro motivo recurrente en el evangelio de Juan, el de la gratuidad del agua ofrecida y la sed como única condición para recibirla: “Al que tiene sed, le daré gratuitamente de la fuente del agua de vida” (21,6). Este texto probablemente se inspira en Is 55,1, donde el Señor invita a aceptar el don de la vida a través de elementos básicos como agua, trigo, vino y leche. Tanto el Deuterocanónico como Juan acentúan la gratuidad de los dones, “se insiste en la total franquicia y desprendida benignidad de la oferta.”²² Dios da gratuitamente del agua de la fuente, la cual es metáfora de Cristo, quien abrió la fuente sellada por medio de su muerte y resurrección, según la teología de la tradición juánica. Ya Jesús había anunciado que de sus entrañas brotarían ríos de agua viva (Jn 7,37). Así como al inicio entregó su vida por el mundo, ahora al final entrega el Espíritu y las aguas salutíferas.

²¹ Cf. F. Contreras. *La Nueva Jerusalén. Esperanza de la Iglesia*. Salamanca: Sígueme, 1998, 171: “Se ha visto [en este texto] una clara referencia al Espíritu Santo; una alusión a la promesa de la inmortalidad y una referencia a la abundancia de bienestar que Dios concede a su pueblo. La expresión, creemos, parece indicar fundamentalmente la sacramentalidad de la Iglesia, vivificada por la presencia del Espíritu santo.”

²² F. Contreras, *La Nueva Jerusalén*, 85.

Como todo símbolo, el del agua porta en sí parte de la esencia de aquello que simboliza, en este caso la gratuidad de Dios.

Esta dimensión de la gratuidad está remarcada en la invitación final del libro, que tiene al agua gratuita como su corolario: “Y el que tiene sed, venga. El que quiera, tome gratuitamente del agua de la vida” (22,17).²³ El espacio imaginado por Dios es un mundo sin sed, es un mundo de vida simbolizado por el río, el árbol y el trono. Es un espacio

de la gratuidad que rompe con la lógica del imperio romano basado en la explotación y la comercialización de las necesidades humanas básicas.

4. SACRALIDAD DEL AGUA: RECUPERAR EL SÍMBOLO COMO LENGUAJE RELIGIOSO

Las reflexiones previas son un intento de ver el agua como un símbolo de la gratuidad divina. Como todo símbolo, el del agua porta en sí parte de la esencia de aquello que simboliza, en este caso la gratuidad de Dios. Por ello comparte también la sacralidad de la esfera de lo divino. En esta característica consiste su capacidad de develar parte del Misterio de Dios y, como pretendo haber señalado, dimensiones de la gratuidad divina que se viven en la fe cristiana.

²³ Cf. F. Contreras, *La Nueva Jerusalén*, 86: “El regalo del agua se ofrece liberalmente. El texto de Ap insiste en este carácter gratuito del don, al escribir en último lugar, recapitular de todo lo dicho, la palabra ‘gratis’ (δωρεάν), que significa la excelencia del don o regalo y, sobre todo, la gratuidad.” Cf. A. Ferro Medina, *El agua, fuente bendita de vida*, 80-81. Cf. H. Jiménez, “El agua en la Biblia”, 2: “Agua al comienzo, agua al final, agua en los momentos culminantes de la historia. Es como si el hombre bíblico, que vive en un ambiente escaso en aguas, no pudiese prescindir del agua como personaje de una historia donde ella es necesaria para que la vida pueda mantenerse y sin la cual la existencia se convierte en un problema decisivo para su futuro.”

En un tiempo como el nuestro, que se (des)organiza por la lógica de “máxima eficiencia = máxima ganancia”, de privatización y comercialización de los bienes más sagrados, por ser los más necesarios para la vida, como el agua, es necesario redescubrir la lógica de la gratuidad, tan presente en los textos neotestamentarios. En esta tarea será fundamental la recuperación de los símbolos de gratuidad como el agua, tanto en la teología como en la pastoral y la liturgia, para que éstas sigan siendo realidades comunicativas y significativas liberadoras, ya que como señala M. Lurker: “El símbolo no tiene sólo función comunicativa, tiene también una función significativa. Significa algo, por cuanto que no sólo se refiere al significado de otra cosa, sino que hace presente, representa su significado y, en cierto sentido, participa del mismo.”²⁴

*Si la teología
quiere seguir siendo
valiosa a la fe, debe
tener presente que
la fe es, ante todo,
una dimensión
humana que se
nutre del universo
simbólico religioso.*

Visto así, el agua siempre es más que agua, es la vida misma y es expresión de la gratuidad de Dios. Como lo decía P. Tillich: “La primera y fundamental característica de todos los símbolos representativos es su propiedad de señalar siempre más allá de sí mismos”, al mismo tiempo que afirmaba la capacidad del símbolo de descubrir aspectos de la realidad que por otros medios, por ejemplo la razón, no es factible, ya “que normalmente permanecen ocultos debido al dominio de otras dimensiones.”²⁵

²⁴ *El mensaje de los símbolos. Mitos, culturas y religiones.* Barcelona: Herder, 2000, 2ª. ed., 20.

²⁵ *Symbol und Wirklichkeit.* Göttingen: Vandenhoeck und Ruprecht, 1966, 2. Aufl., 4 y 5 [Original: „Das erste und fundamentale Merkmal aller repräsentativen Symbole ist ihre Eigenschaft über sich hinauszudeuten.“ „...die gewöhnlich durch die Vorherrschaft anderer Dimensionen verdeckt sind.“]

Si la teología quiere seguir siendo valiosa a la fe, debe tener presente que la fe es, ante todo, una dimensión humana que se nutre del universo simbólico religioso. Como advierte J. M. Mardones: “La tarea es recuperar el símbolo, la vida que palpita en él, como modo de revitalizar la cultura y la sociedad, la religión y la vida de fe. Sin un enérgico ‘giro simbólico’ no hay futuro ni para la cultura ni para la religión occidentales.”²⁶

Evidentemente estas reflexiones sobre el agua como símbolo de gratuidad están limitadas a algunos textos, pero son suficientes para señalar cómo el agua y la sed, como realidades cotidianas, han sido experiencias fundamentales de las comunidades y los autores neotestamentarios para comunicar su experiencia de la gratuidad de Dios. Con el tema del agua realidad y símbolo, teología y vida se fusionan de tal manera que no es posible determinar con precisión los límites de cada una. Aunque en realidad no importa: lo que importa es la vida plena y para vivirla necesitamos todas las aguas: la de la lluvia, la de los ríos, la del Espíritu, la de los lagos, la de Cristo, la de los pozos. Necesitamos también una vida y una teología que expresen con mayor profundidad los signos de la gratuidad divina.

²⁶Mardones, *La vida del símbolo*, 53.